

Yves Congar, teólogo y hombre libre

JUAN DIEGO GONZÁLEZ

Juan Diego González es Diplomado en Enfermería por la Universidad de Huelva y especialista en Obstetricia y Ginecología por la Universidad de Castilla-La Mancha. Estudia Filosofía en la UNED

H

ace dos años, se publicó una obra que nos ayuda a acercarnos a Yves Congar, una figura de primera fila en la teología cristiana del siglo XX, un intelectual católico que tuvo la posibilidad de verse a sí mismo, a la Iglesia y a la sociedad europea desde diversas posiciones vitales.¹

Intentaré, de la mano de este libro, ofrecer una semblanza o representación del teólogo y el hombre, sin grandes pretensiones, pues en ambos aspectos haría falta una gran capacidad de recepción (término muy “congariano”). Avanzar por sus páginas es adentrarse en una Europa que ya no existe, como si ésta fuera un viejo caserón deshabitado. Hoy en día ya no huele a guerra; Francia y Alemania no sólo no están enfrentadas, sino que incluso parecen ir de la mano; España es libre, y la Iglesia mucho más que entonces. El autor que nos guía conoce bien la guerra, pues fue prisionero de los nazis en un campo de concentración desde 1940 hasta 1945, lo que le valió, tras su liberación, los máximos honores de la República Francesa; ha ido desgranando sus vivencias durante estos años, en los que el mundo pareció darse otra oportunidad, y en los que la Iglesia pasó de Trento al Concilio Vaticano II.

El *Diario* comienza en 1946, año del primer viaje a Roma del autor, siendo todavía un joven profesor dominico, prometedor, aunque ligeramente heterodoxo, que enseñaba teología en Le Saulchoir, el convento de estudios de su Orden en esa provincia de Francia. Desde allí participó intensamente en la revista *Revue des Sciences philosophiques et théologiques*, y fundó y dirigió la prestigiosa colección *Unam Sanctam*. Mantuvo además un intenso contacto con la intelectualidad francesa, especialmente con los círculos influenciados por Maritain, de quien había sido alumno. En 1956 encontramos a Congar desterrado en Cambridge, con una situación eclesial todavía atascada en la represión y el oscurantismo. A lo largo de esta década nuestro teólogo sufre una evolución interior que va a marcar el resto de una larga vida dedicada a la teología, con momentos más dulces que aquéllos con los que acaba esta obra, pues aunque a él pudiera parecerle imposible en su desesperante destierro en la ciudad inglesa, todo estaba a punto de cambiar.

En pocos años, el pontificado del anciano y aparentemente previsible y conservador cardenal Roncalli, vendrá a ser para Congar la salida de una amarga situación de vigilancia y apartamiento de lo que más apreciaba: su cátedra, su convento, su familia y amigos. Podemos imaginar lo que supuso para él no sólo la rehabilitación de tipo más práctico, que le permitió volver de Cambridge y reincorporarse a su labor teológica (aunque no en Le Saulchoir, sino en Estrasburgo), sino también el ascenso al primer nivel de los teólogos mundiales a raíz de su contribución como perito (ordenada por el propio Juan XXIII) al Concilio Vaticano II. Mientras tanto, Congar escribió un diario que nos habría permitido, de estar disponible en castellano, apreciar ese tre-

mendo viraje personal y eclesial de la mano de uno de sus protagonistas².

Esta labor editorial podría subsanar la ausencia en nuestro país de algunas de las más importantes obras de Congar, lo que constituye una verdadera carestía cultural, ya que son las de mayor contenido crítico, a las que no es nada fácil acceder, como *Verdadera y falsa reforma en la Iglesia*,³ un estudio en profundidad sobre la estructura de la Iglesia, publicado en Francia en 1950 y aparecido en España en 1954, editado por el Instituto de Estudios Políticos y Constitucionales, cuya venta fue rápidamente prohibida, y cuya segunda edición resulta hoy inencontrable; *Jalones para una teología del laicado*,⁴ obra de referencia en lo concerniente a la comprensión de la realidad de los laicos, que supuso un avance enorme en la recuperación de un papel activo y protagonista de los fieles en la vida de la Iglesia (aunque mantenga la afirmación, totalmente ortodoxa en el catolicismo, de que la diferencia entre laicos y sacerdotes no es sólo funcional, sino ontológica), publicada en castellano por Estela en 1961, y cuya edición francesa se retrasaría varios años; y *Cristianos desunidos*,⁵ el libro programático de Congar sobre ecumenismo que contribuyó a crear un nuevo clima de diálogo entre protestantes y católicos, y cuya segunda edición hubo de esperar (idéntica a la primera, porque no se permitió al autor modificación alguna) hasta 1964, pese a haberse publicado ¡en 1937!

Es inquietante comprobar la permanencia de los efectos del mal, de la intolerancia, más de cincuenta años después; y también es triste que no haya un interés suficiente entre nosotros, como para que alguien se esfuerce en recuperar piezas tan importantes para comprender el siglo pasado desde uno de los puntos neurálgicos de Europa. Sin embargo, disponemos de otras obras suyas, algunas tan importantes como *El Espíritu Santo*,⁶ publicada en 1980, verdadera *summa* de pneumatología, en la que se mezcla un exhaustivo análisis histórico con una perspectiva original sobre el fundamento último de la Iglesia, y una intensa aproximación al pensamiento de la Iglesia Oriental sobre el tema; el librito resumido *Sobre el Espíritu Santo*,⁷ que se considera el testamento espiritual de Congar, escrito cuando estaba ya muy enfermo; o la obra que ha dado pie a esta presentación: *Diario de un teólogo (1946-1956)*, editada póstumamente con el material que dejó en carpetas y notas.

En esta última obra, el texto resulta unas veces algo repetitivo (debido a su origen fragmentario) y otras casi demasiado personal, pero el conjunto desprende fuerza y sobre todo, pone de manifiesto la gran capacidad intelectual de Congar y su decisión radical de poner su vida al servicio de la verdad: “Me siento con una gran libertad interior. Creo que esta libertad me viene de la verdad. La verdad libera y permite juzgar las cosas en su verdadera dimensión”.⁸ Si ser filósofo es, según Ortega, ser capaz de vivir examinándose y examinando la vida, con la lectura de este libro queda claro que Yves Congar es un filósofo (pese a que lo

1. YVES CONGAR, *Diario de un teólogo (1946-1956)*, trad. de F. de Carlos Otto, Trotta, Madrid, 2004.

2. YVES CONGAR, *Mon journal du Concile*, Cerf, Paris, 2002.

3. YVES CONGAR, *Vraie et fausse réforme dans l'Église*, Cerf, Paris, 1950.

4. YVES CONGAR, *Jalons pour une théologie du laicat*, Cerf, Paris, 1953.

5. YVES CONGAR, *Chrétiens désunis, principes d'un oecuménisme catholique*, Cerf, Paris, 1937.

6. YVES CONGAR, *El Espíritu Santo*, trad. de A. Martínez de la Pera, Herder, Barcelona, 1983.

7. YVES CONGAR, *Sobre el Espíritu Santo*, trad. de J. M. Hernández y V. Hernández, Sígueme, Salamanca 2003.

8. YVES CONGAR, *Diario de un teólogo (1946-1956)*, p. 270.

negara explícitamente), además de un gran teólogo. Su obra tiene una enorme influencia en la segunda mitad del siglo pasado, y aún hoy es muy difícil leer estudios sobre eclesiología, ecumenismo, pneumatología o historia de la Iglesia en los que no sea citado.⁹ Se trata de una producción teológica de primer orden,¹⁰ que quizás podría haber sido mayor de no haber estado bajo la observación represora del Santo Oficio, pero que puede también haberse visto estimulada y radicalizada, en cuanto a su indudable intención de aproximación a la verdad, por esa misma vigilancia y censura.

No encontramos aquí a un teólogo anclado en el mundo metafísico, como podría haberse esperado por su importante formación en filosofía y teología escolástica, a la manera de un Rahner; en él, el ser humano es el centro, aunque no necesariamente tratado en sus reflexiones de forma individual, sino, por ejemplo, en su interés por la Iglesia entendida, en vez de como sociedad perfecta, *civitate dei* (y demás conceptos que apuntalaban la “monarquía del Papa”), como comunidad, como Pueblo de Dios, siendo importantísima esa orientación suya, junto con la de muchos otros, para la revolución eclesiológica que supuso la constitución dogmática *Lumen Gentium* del Concilio Vaticano II, que enterró lo que Congar llamó “eclesiología” para dar paso a una forma de entender la estructura eclesial de manera más acorde con los tiempos. Otra de sus líneas maestras fue el ecumenismo, que sería para él tarea teológica, pero también empeño práctico, incitando y estando presente desde el principio en encuentros fundamentales entre protestantes y católicos.

En Congar, la experiencia de sentirse plenamente humano forma una especie de médula de su pensamiento teológico y de su comportamiento. Esto aparece en las áreas de estudio que fueron destacando desde muy pronto en su quehacer teológico, como la eclesiología, el ecumenismo y la historia, aunque ésta sea más bien una disciplina con la que Congar se enfrentaría metodológicamente a las demás. La devoción por la historia le llevaría a considerarse historiador (a lo largo de toda su obra es palpable su convencimiento de la importancia de abordar los distintos problemas partiendo de su pasado), preocupado incluso por estudiar su propia huella en el mundo, a través de un especial cuidado en consignar por escrito sus impresiones y guardarlas celosamente, como parte del legado que dejaría a su muerte, no sólo a los teólogos, sino a los historiadores. Esto se nota claramente en el *Diario de un teólogo*, que no lo es propiamente, ya que Congar no lo redactó como un cuerpo unitario, sino con numerosas anotaciones relativas a momentos concretos no necesariamente concatenados, hechas con el afán de conservar lo sentido o las reflexiones surgidas al hilo de los acontecimientos.

Este interés por construir y conservar una mirada sobre su propia vida pudo tener su origen en que, siendo muy pequeño, escribió a instancias de su madre, con solo 10 años, un diario sobre sus vivencias durante la Primera Guerra Mundial en su lugar natal, Sedán;¹¹ pero se fortaleció a medida que formó parte del mundo eclesiástico y teológico, como objeto de estudio de investigadores futuros. Así, Congar aunó firmeza y consideración al dejar el encargo de no publicar sus diarios hasta el año 2000, por las referencias personales que contenían, pero explicitando sobre sus carpetas: “No destruir, no dispersar. Después de mí entregar a un hombre fiel y libre”.¹² No puedo menos de

acordarme de aquellas imágenes de Derrida como ruina, ceniza o huella, pues Congar tuvo siempre presente esa continuidad en el tiempo, en cierto sentido anónima, del pensamiento y el esfuerzo de los hombres por aproximarse a la verdad, que en cierta manera quiso simbolizar su recientemente fallecido compatriota; hasta el punto de mirar no sólo al pasado como fuente insoslayable de su pensar, sino también hacia el futuro, como herencia para los que vendrán.

Su pasión por la historia, que podemos ver como expresión de la citada médula humanista, es una actitud teórica, pero también práctica o ética, que consiste en saberse haciendo la historia, con la responsabilidad que eso conlleva. La sensación que tuvo siempre de ser miembro de una Tradición¹³ (en el mejor sentido del término) le llevó a no plegarse nunca a los intereses de personas concretas, ni aún del mismo Papa. Si bien Congar no es un teólogo disidente frente a la Iglesia, que, partiendo de algunas ideas originales, termine por convertir su historia personal de enfrentamiento con la jerarquía en el centro de su obra y en fuente exclusiva de pensamiento, no es tampoco un intelectual orgánico o un teólogo “domesticado”.¹⁴ Quizás la palabra que mejor defina su carácter sea la de profeta, como propone Xavier Pikaza en la introducción a uno de los últimos libros de Congar, *Sobre el Espíritu Santo*.

A lo largo de su vida intentó ser fiel a dos principios: uno monástico, la obediencia, entendida como voluntad de renunciar a la propia decisión, que no al pensamiento, para ponerla en manos de un superior (que representa a la Orden entera en su capacidad de acercarse a la verdad); y otro de cariz dominico, especialmente propio de la Orden de Predicadores (la de Santo Tomás de Aquino), la entrega a la búsqueda de la verdad como camino evangélico. Los conflictos que vivió nuestro hombre como consecuencia de la colisión de estos principios le llevarían al Tribunal del Santo Oficio: un duro paso por la Inquisición que podría haber evitado de haberse plegado a lo que el *status quo* imponía; como también podría haberse ahorrado el resignado cumplimiento de los castigos impuestos, de haber querido abandonar su vocación sacerdotal y monástica para vivir en el mundo secular. Estas experiencias inquisitoriales nos las relata amargamente en las páginas de su *Diario*, e incluyen desde el destierro, con la pérdida de sus relaciones sociales (“Somos seres de carne, con un corazón de carne. Y si Dios es lo primero, si la cruz es la ley más fundamental, ni Dios ni la cruz nos prohíben ser hombres y sufrir legítimamente cuando se nos arranca aquello de lo que y para lo que el hombre está hecho”),¹⁵ hasta la prohibición de publicar y enseñar el fruto de sus estudios (“Tengo 47 años; tengo una obra que realizar, para la que estoy preparado y maduro. ¿Acaso voy a ser condenado prácticamente al silencio?”).¹⁶ Tales pruebas le llevarían a plantearse el abandono de la tarea teológica, e incluso de la vida religiosa (ingresó en los dominicos en 1925 y se ordenó como presbítero en 1930, por lo que llevaba ya 26 años de sacerdote cuando fue desterrado a Cambridge, después de haber pasado por Roma y Jerusalén), por la presión a la que fue sometido. Finalmente, aguantó y decidió esperar, viviendo una tortura interior, pese a su acatamiento externo, aunque muchos años después expresara sus dudas acerca de si su silencio había sido el comportamiento idóneo en aquellos días.

No resulta difícil ver en la historia de este hombre, a la luz de su persecución, y más aún de su respuesta

9. Un buen libro para apreciar la influencia de Congar puede ser J. P. JOSSUA, K. RAHNER, H. KÜNG, M. D. CHENU, E. SCHILLEBEECKX, *Le service théologique dans l'Église. Mélanges offerts au Père Yves Congar por ses soixante-dix ans*, Cerf, Paris, 1974.

10. En España es de referencia en el estudio de la obra de Congar el P. Juan Bosch O.P., y el Centro Padre Congar de la Provincia Dominicana de Aragón.

11. YVES CONGAR, *Journal de la Guerre (1914-1918)*, Cerf, Paris, 1997.

12. YVES CONGAR, *Diario de un teólogo (1946-1956)*.

13. YVES CONGAR, *La Tradición y las tradiciones*, Dinor, San Sebastián, 1964.

14. YVES CONGAR, *El Espíritu Santo*, p. 19: “Cada persona tiene sus dones, sus medios, su vocación. Los nuestros son los de un cristiano que ora y de un teólogo que lee muchos libros y toma muchas notas. ¡Permitásenos cantar nuestro canto!”.

15. YVES CONGAR, *Diario de un teólogo (1946-1956)*, p. 466.

16. YVES CONGAR, *Diario de un teólogo (1946-1956)*, p. 208.

17. YVES CONGAR, 210.

vital a tales circunstancias, esa vida aprehendida como totalidad moral de la que hablara Aranguren que sólo puede valorarse correctamente al final del camino. Él mismo se guió por esa visión de la vida como conjunto y parece adelantarse al futuro cuando dice: “No se conoce el caso de hombres que han intentado responder verdaderamente a las llamadas de los hombres, que no hayan resultado sospechosos, expuestos a todo tipo de dificultades. Pero tampoco se conoce el caso de que, si han tenido el valor de mantenerse durante bastante tiempo haciendo sosegadamente un trabajo valioso, no hayan salido finalmente victoriosos y hasta tal vez, incluso, rehabilitados”.¹⁷

De hecho, así fue, puesto que su recuperación llegará a ser total, y habría de verse elevado a la dignidad de cardenal, de la mano de Juan Pablo II, en el año 1994, como colofón de una rehabilitación que ya había comenzado Juan XXIII, al nombrarlo perito o consultor conciliar en 1960. Participó de la Comisión Teológica Internacional desde el año 1968 (cuando empezó a verse disminuido a causa de una enfermedad neurodegenerativa que le llevaría a retirarse en 1972 al convento de Saint-Jacques, en París) hasta 1985. Fue miembro fundador de la importante revista de teología *Concilium*, y siguió trabajando, ahora ya con libertad, mientras tuvo fuerzas. Murió en París en 1995.

